

**UNA PARTE DE MÍ****Silvia Madera Gómez**

- ¡No podéis hacerme esto! –mi cabeza trabajaba como un tren a toda velocidad. La conversación que estaba teniendo con mis padres me estaba dejando sin aliento. - Lo siento mucho, Elisa. Pero desde que pasó aquello... Creo que es lo mejor, cielo. No queremos que nada malo te suceda, no es necesario correr de nuevo ese riesgo. Lo que mi madre estaba diciendo era absurdo. No quería enfadarme con ella, pero me lo estaba poniendo muy difícil. Sus ojos brillaban a consecuencia de las lágrimas que se estaba obligando a guardar.

Su voz se quebró en mitad de la frase. Me sentía francamente mal, pero no podía rendirme. - ¡Mamá, no lo entiendes! No es un simple capricho, el buceo es mi vida. Lo que siento bajo el agua es imposible de explicar. No puedes quitarme eso. Sabía que así no llegaría a ningún lado. Tenía todas las de perder. - No volverás a bucear y punto. Vete a tu habitación a hacer los deberes. Es en eso en lo que deberías estar, y no en tanta tontería. Como vuelvas a suspender un solo examen, te juro que no vas a meter un pie en el agua en toda tu vida. Mi padre puso el punto y final a la conversación. Mis mejillas ardían de ira, y mis ojos no eran capaces de soportar las lágrimas que me pesaban dentro. Me fui corriendo a mi habitación, y cerré de un portazo. Estaba llorando, quería mantenerme fuerte y erguida, pero era inútil. Todos mis intentos para conservar aquello que amo estaban fracasando. Cada una de las lágrimas que brotaban de mis ojos me hacían menos y menos fuerte. Consiguiendo en mí una debilidad absoluta. Moje sin querer una foto que tenía encima de la cama. Era de cuando tenía 7 años, fue mi primer día en el club. Me enseñaron a bucear desde pequeña, y he crecido con una parte de mí en el agua. Al ver cómo yo era la única culpable de que la foto estuviera siendo mojada, me sequé las lágrimas. - No me pienso rendir. –Y con este pensamiento, cerré los ojos intentando soñar que volvía a bucear.

Cuando me desperté, un nuevo día había hecho su aparición, y me senté en la cama intentando incorporarme. Tenía el tiempo justo para prepararme e irme hacia el instituto. Ya preparada, me disponía a salir cuando escuché desde la cocina las voces de mis padres discutiendo: - No nos va a perdonar en la vida, Sam. ¡Mi hija nos odia! No podré vivir con ese peso encima. La competición es esta tarde y francamente, lleva toda su vida preparándose para ella. –La voz de mi madre sonaba muy cansada, y me inundaron unas ganas terribles de darle un abrazo, pero mi padre ya lo estaba haciendo–. - Sé que le costará al principio, pero no podemos arriesgarnos a perderla de nuevo. Aquellos meses fueron los peores de nuestra vida.

Sabía que tenían toda la razón respecto a aquel pensamiento. Es cierto que los meses de mi “accidente” fueron espantosos. Absorta en mis adentros, escuché el claxon de mi autobús escolar, y salí de mi casa sin hacer ruido.

Busqué mi sitio dentro de éste con la mirada, y finalmente me dirigí hacia él. Álex estaba sentado a mi lado, y me saludó con una sonrisa. -¡Hola! No traes buena cara... –Me encantaba la sinceridad de Álex. Nos conocíamos desde los 3 años, y llevábamos juntos en la misma clase desde entonces–. - Ya... mis padres siguen sin recapacitar acerca de mi vuelta al agua. Álex me miró comprensivo y con pena. - Francamente... Creo que tus padres tienen razón... Sabes que lo pasamos fatal. Di un resoplido de enfado y contesté: - Álex, yo también lo pasé muy mal. Pero lo he superado. Ya no tengo miedo a volver a bucear, ¿Por qué lo tenéis todos? Álex no contestó, y miró por la ventana intentando distraerse. Estuvimos en silencio hasta que llegamos al instituto. Pasaron las clases, como horas prolongadas, cada una más sofocante, hasta que por fin sonó la campana que anunciaba el recreo. Al ver que Álex estaba distante decidí no reanudar el tema del autobús. - Oye, Álex. No quiero estar enfadada también contigo, con mis padres echando chispas y mi hermano fuera de casa no quiero más problemas.

Noté en mi propia voz el cansancio y la impotencia. No podía hacer nada, no podía arreglar mi familia por mucho que lo intentara. Álex me puso la mano en el hombro y me sonrió. Su sonrisa siempre me hacía sentirme mejor. Nunca me había dado cuenta hasta hace unos meses, pero ha cambiado mucho desde que lo conocí. Su pelo, ahora lo tiene más largo, no como el chico pelón que jugaba conmigo a las palas. También ha desarrollado su cuerpo, está muy alto, una espalda ancha y una piel blanca como la nieve. Sus ojos siguen siendo de un azul verdoso y su mirada igual de cálida que siempre. Algo que yo sabía que no había cambiado nada, era en su

sonrisa. Tenía la misma expresión que de pequeño. Me sentí reconfortada, al saber que con el paso de los años, Álex aun conservaba su preciosa sonrisa.

- ¿Estás bien Eli? –Eli... Así me llamaba desde que me conoció con tres años. Una chica con dos coletas saltando dentro de un charco de agua. Un chico gritando al verse empapado por el agua que ella había salpicado. Cuando se disculpó le dijo su nombre: “Me llamo Elisabeth, pero es muy largo y no me gusta.” El chico rió y le dijo: “Yo me llamo Álex, encantado de conocerte Eli.” Desde aquel día me encanta mi nombre, y Álex siempre me llama así-. - ¡Ah! Perdona, estaba pensando en mis cosas. Ambos nos reímos sin saber bien el motivo, cuando sonó de nuevo la campana. Aún faltaban tres insufribles clases.

Al llegar del instituto, estaba mucho más animada. Tras haber estado con Álex me sentía más reconfortada. Mi madre me dio un beso al entrar. Tenía una sonrisa en la cara. Me extrañó un poco, y cuando le pregunté el por qué, me señaló la cocina. Me disponía a ir, cuando alguien abrió la puerta de la habitación y vi a mi hermano. - ¡¡Nico!! Me abalancé a sus brazos.- ¡Eeeeh! ¡Pequeñaja! Te he echado mucho de menos. Las lágrimas le mojaban la camisa, y me sentí una niña pequeña.- ¡¡Por fin has vuelto!! Todos estábamos muy contentos, y después del gran almuerzo que preparó mi madre, me fui a mi habitación a hacer los deberes. Estaba muy contenta, pero algo me decía que no estaba todo bien. Nico se fue de casa tras mi accidente. Decía que se sentía culpable, aunque no sé por qué. Aquello fue sólo culpa mía. Y de las botellas de aire comprimido. Estaba pensando cuando llamaron a mi puerta. Era mi hermano. Se sentó en mi cama.- Eli, quiero hablar contigo. Me senté a su lado y asentí.- Claro, dime. Él tomó aire y empezó a hablar.- Verás, sabes que me siento terriblemente culpable por lo que pasó. Intenté contradecirle pero no me dejó hablar.- Eli, no ha habido día que no deseara no haberte obligado a aquello. ¡Por mi culpa estuviste en coma 5 meses! –Las lágrimas empezaron a brotar de sus ojos, y mojaban sus mejillas dejando un camino de cristal a su paso. Ver a mi hermano de 17 años llorar por mi, me helaba la sangre y me hacía sentir extraña-. - Nico, aquello no fue tu culpa. En todo caso fue mía por aceptar tu desafío. Pero aun así, ninguno de los dos podíamos saber que las botellas iban a tener una fuga y perdería el conocimiento. Igual que me pasó ese día me podría haber pasado uno mientras entrenara. Mi hermano me miró a los ojos - Elisabeth, no lo entiendes. Yo te dije: “Tírate al agua” y tú sabías que no estabas preparada para hacerlo sin ayuda. Yo fui el único que te tentó para que lo hicieras, sin comprobar siquiera las botellas que por poco acaban con tu vida.

Sin darme cuenta yo también estaba llorando, y no quería seguir participando en esa conversación tan fría. - ¡Nico por favor! No fue tu culpa, ¿vale? Y aunque lo fuera, te perdono. ¿Lo entiendes? No estoy enfadada. – Él se levantó de un brinco de la cama y espetó: - ¡No estás enfadada pero podrías estar muerta! ¡Y todo por mi culpa! Antes de que pudiera reaccionar, sin pensarlo, yo le grité: - ¡Pero no lo estoy! ¡Igual que yo he recibido una segunda oportunidad, tú también te la mereces! ¿Me oyes? –Y al decir esto me abalancé en sus brazos y no me solté hasta que mis lágrimas dejaron de nacer y morir en mí. Hasta que terminé de sentirme oscura. Hasta que volví a ver el sol.

La discusión nos había unido más. Bajamos al salón, donde mis padres estaban discutiendo de nuevo.

Cuando nos vieron juntos se extrañaron un poco y nos miraron esperando a que le contásemos que ocurría.- Mamá, papá, quiero deciros una cosa. –La voz de mi hermano sonaba dura y firme–: He hablado con Eli, me ha perdonado. Y me ha ayudado a quitarme esa culpa que tenía en mí. Por eso, quiero que la dejéis volver a bucear. Que la llevéis al campeonato de buzo, porque todos sabemos que está preparada para ganar. Mis padres estaban muy sorprendidos por lo acontecido, y mi padre se levantó lentamente:- Me alegro mucho de que los dos hayáis arreglado las cosas, y que te sientas por fin en paz contigo mismo. Pero... Nuestra decisión no tiene nada que ver con vosotros, lo siento. Elisa no volverá a bucear nunca más. Es una decisión irrelevante. Noté como se me encendían las mejillas y mi mano se cerraba en un puño.- ¿Cómo que no tiene nada que ver con nosotros? ¡Buceo yo! Yo corro el riesgo, yo quiero correrlo. Todos los deportes tienen su parte buena y su parte mala, ¿por qué no os dais cuenta de que me estáis arruinando la vida?

Al terminar de hablar salí de mi casa y cerré con un portazo. Estaba harta de todo. De su protección estúpida, de su miedo a que me volviese a ahogar. ¡Sólo perdí el sentido por no ir bien preparada! Pero eso no volverá

a ocurrir. Me metí la mano en el bolsillo y llamé a Álex. Necesitaba estar con alguien y contarle lo que estaba a punto de hacer.

-¡Esto no está bien, Ell! ¡No deberíamos estar aquí! –Álex estaba nervioso, se le veían en sus ojos unas ojeras cansadas, como si no hubiera dormido en toda la noche–. - Ya sé que bien no está, pero es lo que debo hacer. Llevo toda mi vida entrenándome para esta competición y créeme, no pienso rendirme sin luchar. Tenía un sentimiento nuevo dentro de mí. Pellizcos en el corazón, una fuerza invisible empujándome a conseguir mis sueños. - ¿Estás completamente segura de lo que vas a hacer? Nos miramos a los ojos y me transmitió una confianza única. Álex siempre ha sido una persona indispensable para mí, cada vez que necesitaba ayuda no dudaba en pedírsela y él en dármela. Ahora lo tenía allí, delante mía. Apoyándome en algo en lo que no estaba de acuerdo, pero no por ello cortándome las alas. - Ell, ¿estás bien? No es la primera vez que te quedas embelesada con la mirada perdida... ¿Te ocurre algo? Sus ojos azules penetraban en los míos y mientras intentaba ver más allá de mi reflejo, una mano se posó en mi hombro. - ¡Elisabeth! ¡Qué de tiempo sin verte! ¿Cómo estás? Era mi entrenador. Siempre ha sido un hombre al que admiro muchísimo, y me ha enseñado todo lo que sabe. Tener que mentirle no era una de mis mayores aficiones, pero era totalmente necesario.- Ricardo, he venido a competir. A mis padres les ha surgido un imprevisto y no llegarán, así que tengo que ir a cambiarme ya. Ricardo rió y me dio unas palmaditas en la espalda.- Muy bien, el vestuario está allí. Dicho esto se fue a hablar con un hombre.- Ell... yo...Ten cuidado, ¿vale? –Álex me acarició con la mirada, y yo no supe qué hacer. Estaba nerviosa por lo que iba a hacer, por mentir, por engañar, por volver a tirarme al agua, por obligarlo a encubrirme...-. Le cogí la mano y me la puse en la mejilla:- Álex, voy a luchar por conseguir mis sueños. Él me sonrió y yo le besé. Fue un beso dulce, tierno, suave. Sus ojos se abrieron de par en par y yo, roja como un tomate, me fui hacia el vestuario. Tenía que prepararme para la competición de mi vida.

Vistiéndome, los nervios se apoderaban de mí. El estómago dejaba de funcionar, a mi corazón lo habrían multado por exceso de velocidad, y no simplemente por la competición. Cuando salí, escuché mi nombre por megafonía y me monté en el barco. La prueba consistía en montarte en el barco, en el sitio preciso del mar, te tirabas y bajabas al fondo. Cuanta más profundidad, más puntos. Ese era mi objetivo. Llegar hasta la bandera más baja, hasta lo más profundo. Montada en el barco, con el corazón en un puño miré hacia atrás, y le sonreí a Alex con la mejor cara que pude. Él me devolvió la sonrisa y pude leer en sus labios: “Te quiero”. Aquello ya me había dado las fuerzas suficientes. Sonó el pitido de salida y me tiré al agua. No sin antes haber comprobado que esta vez las botellas de aire estaban en perfecto estado.

Las sensaciones al volver a zambullirme fueron totalmente nuevas. No tocaba el agua desde mi accidente, y no recordaba las emociones que era capaz de experimentar allí dentro. Mis ojos dejaban de ver el mismo color, y todo cambiaba, tanto formas y figuras. Yo misma era diferente entre gotas, una chica libre, sin ataduras. A medida que iba bajando, me costaba más trabajo respirar, pero no iba a rendirme. Mis oídos no funcionaban porque el sonido exterior no era más que un recuerdo. Cuanta más profundidad, peor me sentía, por cada metro, perdía un sentido. Eché en falta las semanas y meses de preparación que había tenido antes del accidente, y que debería haber seguido en forma desde entonces. Pero no era así. Me costaba respirar y mis ojos iban enrojeciendo al no percibir nada de luz y yo obligándolos a seguir hacia la oscuridad. Aunque ya podría subir y quedar cuarta o incluso tercera, mi orgullo me pedía mucho más. Bajé y bajé, a duras penas, pero me sentía con las fuerzas necesarias para continuar. Cada metro que bajaba sentía que estaba un poco más cerca de mi sueño, pero más lejos de mi vida. ¿Qué pasaría cuando mis padres se enteraran? Aparté ese pensamiento de mi mente. Pero ya era tarde, llevaba demasiado tiempo y no estaba preparada. Me vi obligada a tirar de la bandera que tenía a mi lado y terminó para mí la competición.

Al salir del agua me sentía ahogada, no recordaba cómo respirar. Tenía las pupilas dilatadas, las yemas de los dedos arrugadas, la nariz taponada, los oídos no me dejaban distinguir los sonidos, se encargaban de mezclarlos todos para que no entendiera nada. Y mi corazón... Mi corazón ya no me pertenecía. Ahora era de ese sueño por el que lo había dado todo, y... del que no había conseguido nada. Cuando ya me recuperé de mi esfuerzo, vi a mis padres a mi alrededor. Quise volver a desmayarme. Sus ojos estaban posados en mí, bueno, más que en mí, en lo que llevaba en la mano. Tenía la bandera de color negro. Por lo que parece, había llegado hasta el final, pero no la había visto por el dolor que sentía en los ojos. Mis padres me abrazaron y no eran capaces de

decirme nada. Yo tampoco sabía bien qué decir. Al finalizar la competición, anunciaron a los ganadores y conseguí el primer premio. Cuando tenía la copa en la mano me sentí inmensamente feliz. Lo había dado todo por mi sueño. Había puesto en peligro mi relación con mis padres, pero, al final, había conseguido lo que nunca podría haber imaginado: estar despierta y seguir soñando.

El abrazo que recibí no fue lo que se dice pequeño, las lágrimas inundaban la sala.

- ¡Mi vida! ¿Lo has conseguido? ¡Lo has conseguido! Te quiero, cariño –Mi madre no podía dejar de sollozar en cada frase–. - Entonces, ¿me perdonáis? ¿Ya puedo volver al agua siempre que quiera? Mi padre me cogió de las manos y me dijo: - En realidad siempre has estado preparada, éramos nosotros los que no lo podíamos imaginar. Eres muy fuerte, y, aunque nos desobedeciste, le hiciste caso a tu corazón. Que es al que debes seguir siempre, porque será el que nunca te abandonará. A mi padre se le cayó una lágrima que me hizo sonreír. Nico habló ahora:- Hermanita, creo que deberías ir a ver a la persona que nunca ha dudado de tu sueño. Señaló la puerta de cristal que daba la terraza. Por ella se podía ver la silueta de Álex.

Cuando abría la puerta, Álex se giró y me saludó en un abrazo inmenso. Sentí su calor, su alegría, su apoyo, todo lo que no podía explicar, eso y más, sentí en sus brazos. - Temí por ti, pero en ningún momento dudé de que lo conseguirías. –Su sonrisa ya era mi premio–. - Álex, fuiste el único que me apoyó mientras los demás me negaron comprensión. Sólo tú me prestaste tu compañía cuando ni yo quería acompañarme. Por ti saqué las fuerzas necesarias para seguir... Álex me puso la mano en la boca y me sonrió: - No quiero más palabras... Te quiero a ti, sólo a ti.

Y después de esto, fundimos nuestros labios en un hermoso sueño. La única manera de parar el tiempo, y pararlo allí. En aquel día, de aquel mes, de ese año; justo, en aquel instante en el que mi corazón estaba lleno. De amor, de comprensión, de cariño y... de agua.